

# Salomar

Segunda parte de la entrevista efectuada a Juan de Dios Gutiérrez sobre su vida en Volcán de Buenos Aires y en otras regiones del país. - M. S.

Los viejos tiempos en Volcán de Buenos Aires son una madeja de mil recuerdos que me asaltan en tropel. Los noviazgos, por ejemplo. Cuando alguien quería llevarse una muchacha, pues se la llevaba simplemente. El tata, ¿qué iba a hacer? ¿Qué iba a decir? Nada. En esto había mucha liberalidad.

Las mujeres eran fuertes como un tronco. Duras. Recuerdo una vez que estábamos en un baile; allí le llegó el momento a una mujerona de "tener cría", de que naciera el niño; se fue hacia el río y un rato después llegó con la chiquita envuelta en unos trapos. Ella solita lo hizo todo. Pero esto era cosa corriente.

Aún años más tarde, ya recién casado, me fui a Volcán—ded onde salí bastante joven como veremos más adelante—y Rafaela, una indiecita pura criada en aquel lindo pueblo, tuvo un parto a unas 100 varas de la plaza, y en un matorral; gemelos de feria. Nacieron en un colecñival—cosa de chivo—, sin otra asistencia que la de la propia madre.

Los bailes! Hay que hablar algo más de los bailes, porque la raza chiricana, mezclada con la nuestra, parecía necna para bailar.

Punto y cumbia. Acordaba pequeño y el tambor que no podía faltar. Piezas larguissimas, interminables. Pero usted no pedía cosa: la mujer tenía que bailar en cada pieza con media docena de hombres. Cuando era un punto-cumbia usted llegaba por detrás, le caía brincando y el otro tenía que quitarse. Quisiera o no, porque esa era la modalidad. Luego: "Paaaaa ... paaaaa...", y qui tese usted para darle campo a otro. Así.

La cumbia no era como la de ahora. Se hacía una rueda, iban dando vuelta en un círculo grande el hombre y la mujer; el hombre por fuera, la mujer por dentro, luego lo contrario. Pero siempre el mismo sonsonete; empezaban a veces a las dos de la tarde y paraban otro día a las nueve de la mañana. Por la tarde, otra vez al baile.

Esta era la gran diversión; no había, prácticamente, otras. El primer radio que llegó a Volcán lo llevó don Dimas a la pulpería. Fue una grandísima novedad. Era grande, muy bueno, una batería que se car-

gaba con un motorcito. Se juntaba el pueblo a oír el radio todas las tardes. La estación que mejor se oía: La Voz de la Víctor.

Los ticos eran casi los únicos que se casaban; los otros, los chiricanos o indios, simplemente, como antes dije, tomaban a la muchacha y se la llevaban a un rancho o a la casa de un amigo mientras hacían la vivienda. El padre llegaba una vez al año: nadie iba a esperarse tanto tiempo.

Yo al principio miraba todas esas cosas extrañado. ¿Cómo verlas en otra forma si era de la zona de Tarrazú y Dota? Pero después me habitué a todas las costumbres. Tanto que cuando salí a los 20 años de la zona, por uno de mis muchísimos accidentes, la familia se reía de mi forma de ser: chiricano puro. Me costó más de dos años dejar algunas costumbres; otras, aún las mantengo. Desde Volcán fui varias veces a David y a nadie se le ocurrió que yo no era chiricano; sólo me preguntaban de qué lugar procedía. De Olegta decía, en donde hay mucha gente blanca.

Le conté lo de las juntas. Trabajo mancomunado. Llegaba a tal punto que cuando alguien quería cambiar de lugar su rancho, tal vez a un kilómetro, se hacía la junta. Tomaban los horcones, y un manguero humano levantaba íntegra la vivienda y la trasladaba de lugar. Hasta las cucarachas iban sobre los nomoros de no menos de 50 nomores. Una vez se trasladó un trapiche de madera en esa forma. Cuando llegamos al lugar en donde se iba a instalar de nuevo, todos íbamos borrachos con chicha. Jamás faltaba la chicha. Como ocho días tardamos en el traslado.

Los chanchos se sacaban en manadas a Puerto Cortés—el Pozo— o por el camino del Cerro de La Muerte, hasta el valle Central. Comenzaron a llegar los Loaiza.

Los hombrones chiricanos eran recios como una mula. Yo vi a don Pedro, un hombre enorme, darle un zurdazo a una chanchona en la raíz de la oreja y dejarla tendida, muerta. Agarraba una vaca por los cachos y la hacía dar un volantín en el aire. Pero, lo más curioso: Una hermana—vea qué clase de mujeres había en Volcán— le pegaba a don Pe-



Juan de Dios Gutiérrez

dro con toda facilidad. Esa mujer era capaz de amansar no una mula o un caballo, sino un toro; le ponía el aparejo a la brava, se montaba y ninguna fuerza era capaz de despejarla de ahí. Doña Juana era una mujer de hierro. Pero así había muchas mujeres en la zona. Ensilaba un árbol—para voltearlo—, se amarraba las enaguas con una gasilla, y a seis o siete metros de altura volaba hacha como el hombre más fuerte. Costaba hacerle la pega.

¿Qué no aprende uno en treinta años de vida en el campo, en las montañas! Yo chiquillo le tenía un gran miedo a las culebras; después aprendí a cogerlas; entre más grandes y toreadas que estén, mejor las cojo. Me han mordido varias, y de mordedura casi siempre mortal, pero aquí me tiene contando el cuento. Después le hablo de esto.

Pues en casa de Robustiano viví hasta los trece años. Cansado de aquella vida, y queriendo comer yigüirro—cambio de la voz—, me fui a casa de un primo, Dimas. Llegué a volar machete. Los peones ganaban 75 céntimos al día con almuerzo; un peso sin la comida. Estuve 22 días hasta que doña Zaida (Ramírez me dijo que por qué no me iba a su casa, para llevar los almuerzos a sus trabajadores. Acepté. Me pagaba 15 colones por mes, comida, ropa. Me quedé allí. Ella y sus hijos son como mi propia familia. Los quiero igual.

Comenzó a gustarme el guarito. Me hice parrandero.

El toro más grande que había llegado a Volcán, un animalón cruzado con maizol, le fue comprado a don Fabio Calvo en Palmar Norte; yo nunca he visto un bicho más grande que ese. Llegaba a una cerca y la cruzaba como si no hubiera nada. Tan salvaje era que un día don Dimas decidió castrarlo y venderlo para carne. Fue una lucha tremenda con el animal; y luego de la castrada, se perdió en la montaña. Al mes lo encontramos medio muerto por las gusaneras. Pero antes de eso, déjeme contarle algo más, que por

esta historia salió el toro a relucir.

Don Dimas tenía el toro cerca del río Volcán, en una finca contigua a otra propiedad de don Juan Schoeder. Don Juan llevó un día unos toros nelores; y el maldito torón maizol no podía ver otro toro porque lo despedazaba. El mandador de don Dimas y sus hijos eran magníficos lazadores y mejores jinetes. En las fiestas corrían parados sobre las monturas. Pero cuando llegaron los nelores, no pudieron sacar al maizol de la finca. Don Dimas se puso furioso. "El que me traiga ese toro le doy el puesto de Manuel Gómez". Gómez era el mandador.

Yo todavía no sé cómo lo hice. Tenía en ese tiempo un caballo tuerto, muy bueno para el ganado. Lo ensillé y me fui dispuesto a ganarme la recompensa. Con mi sogá de cuero tejido, regalo de Manuel Loaiza, me dije: "De ahora en adelante voy a ganar uno cincuenta el día". Un sueldazo. Porque todo era baratísimo. La leche: un diez la botella. El arroz a cinco pesos el quintal. La carne regalada. Cuando mataban una res decían: "Hoy hay pesa en tal parte". En vez de carnicería se le dice "pesa". El más pelado compraba una arroba. La cabeza entera, más el mondongo: todo por un colón cincuenta. La carne corriente valía 15 céntimos la libra. Una gallina grande 40 céntimos. ¿Quién no iba a vivir bien alimentado?

Sigo con el toro. Llegué al potrero—yo era buen lazador—lo lacé, y se me vino encima. Casi me mata al tuerto contra un palo de nance. Sorteándolo llegué a la calle, en donde le pegué otra sogá: una gente que venía de Buenos Aires me ayudó. Yo adelante con una sogá; la gente atrás, sosteniéndome. Así llegué a Volcán con el torón.

Don Dimas cumplió su promesa: mandador, con 1,50 al día. Pero don Manuel se enojó conmigo porque, de feria, a mí me gustaba una de sus hijas. Me traje entonces a mi hermano menor, lo dejé encargado de jalar los almuerzos, picar la leña, ordeñar. Yo me dediqué sólo al ganado.

Ganando tanta plata—en la casa tenía todo lo que necesitaba para vivir—ya me puse zapatos otro vez. Y me plantaba bien plantado: buena ro-

pa. Comencé a tener novias. A tomar mucho licor. A tener líos de toda clase. Manuel Gómez seguía muy bravo conmigo. Una vez, por cierto, me ocurrió algo muy desagradable. Tenía un caballo llamado "El martillo", que le habíamos comprado a un maestro de Boruca. Mañoso el animal, se desbocaba con mucha facilidad. Nadie lo sostenía. Tenía la mala costumbre de que si un día entraba a una casa, había que seguir entrando todas las veces que se pasara frente a esa vivienda. Y un día no tuve más remedio que ir a hacer una comisión en El Martillo. Y al pasar frente a la casa de don Manuel, el maldito animal—a mí se me fue la onda—que antes había estado en aquella casa, metió cabeza, llegó, se saltó la tranquera y cuando me di cuenta, estaba yo en el patio y frente a don Manuel, su señora, y sus muchachas. Tanto cólera me dio que saqué un riflecillo bala u—que nunca lo soltaba—y ahí mismo le metí un tiro al animal. Lo desensillé, me eché la albarda a la espalda, y dejé tendido al animal, ante el asombro de don Manuel y toda su familia.

Ya era yo un peleador conocido en todo Volcán. De todas maneras desde la escuela me llamaban Juan del Diablo, por que me agarraba con todos los chiquillos. El hombre que fue el "coco" en la zona, Walter Hernández, tenía "traído" conmigo; nos agarramos ocho veces en la escuela. Nos despedazábamos. Años después me lo encontré en San Isidro de El General; ya era un hombrón enorme, y yo un fifiriche. Se me frunció todo. Pero por suerte nos hicimos muy amigos.

Una vez me agarré con un muchachillo. A los días iba con una yunta de bueyes por un camino solitario. Los guiaba con una varilla de tuete. De pronto apareció el tata del muchacho a caballo y sin pensarlo dos veces me cerró a machetazos. Yo me defendía con la varilla de tuete, pero me la cortó dos veces hasta que me picó la mano aquí, en donde tengo esta cicatriz. Chorrones de sangre me saltaron; yo salí corriendo. A ese hombre tiempo después lo encontraron muerto en un camino. Nadie supo jamás quién lo mató.

Continuará